

LOS DOS MONTONES DE TIERRA

Daño grande el que hizo el turco Martín por el año cuarenta y tantos, en el partido de Las Flores.

Cada vez han de ser menos los que se acuerden del turco, porque ya entonces todos los viejos se estaban muriendo. Él mismo se iba poniendo viejo y le dolían los huesos de tanto andar con su carro, de Pergamino a La Ventana, de Pehuajó a Chascomús, o a cualquier punto de la provincia que a uno se le ocurra mencionar.

Ya no hay quien sepa lo que es ambular cuarenta años por esos caminos donde ahora se ven ciudades que nacieron después que él.

Me acuerdo cuando yo era chico, la llegada del turco era el jolgorio, el turco Martín con su barba color tabaco, la sonrisa de oreja a oreja, la boina vasca, la faja negra y las bombachas caídas. Qué desgracia estaría pasando si se iba un invierno y se iba un verano y no aparecía traqueteando a lo lejos, envuelto en una polvareda, el carro del turco. Pero él siempre volvía, con frascos de colonia a tres pesos, una bombacha oriental por seis, un apero completo por quince y chucherías para los pibes, y peinetas, vestidos y collares “para la patrona”. Él siempre volvía: “¡Qué tal, Miguelito!”, “¡Y diai, Juan Delgado!”, y los peones lo saludaban con la jarana de siempre: “¡Hola, durgo, tanto tiempo berdido!”, y él se reía mostrando los dientes del color de la barba. Los pesos que se perdió el turco jugando a los naipes, y también los que ganó, y las veces que se quedó de a pie, sin carro y sin mercadería, apostados a lo mejor a un rey o una sota que se quedaron en puerta, y las mozas que se llevó auestas cuando era muchacho, aunque eso ya nadie se lo creía, porque había sido en otro tiempo y él estaba viejo y charlatán.

Pero aquel año hubo una muerte en la estancia de don Julián Arce, en el linde con Saladillo, y cuando pasó la tremolina, algunos se acordaron del turco.

Por ese entonces era recién llegado a Las Flores un comisario de apellido Laurenzi, que venía del sur, y del que se decían muchas cosas buenas y otras regulares. Así que don Julián Arce lo quiso conocer, y el diablo armó la ocasión. Resulta que una mañana amaneció muerto a tiros el único chacarero que quedaba en su campo, y don Julián en seguida quiso que se investigara, para que después las malas lenguas no anduvieran diciendo, porque, la verdad, él no se llevaba muy bien con el difunto. Así que mandó un peón con el auto al pueblo para que le trajera al comisario, y cuando lo vio, pareció satisfecho. El comisario era un hombre grandote, vestido como para un velorio, un poco encorvado y asmático.

Don Julián describió al muerto con brevedad característica: un viejo de m..., dijo, emperado en no devolverle el cuadro que arrendaba desde hacía años, unas doscientas hectáreas, donde él quería criar ganado fino.

—Todos los demás se han ido, porque les he pagado para que se fueran. He tenido que comprarles mi propio campo, uno por uno. Hay otros que llaman a la policía y los echan a rebencazos, pero a mí me gustan las cosas legales.

—Así ha de ser —comentó Laurenzi, armando pausadamente un cigarrillo—. ¿Y ese hombre no quiso irse?

—Por nada.

—Así que usted ahora recupera su cuadro.

—Sí. Pero entretanto lo han matado y esas cosas no quiero que pasen en mi campo.

Estaban sentados en la galería de la vieja casa y el comisario se sentía como intoxicado por el perfume sensual de las glicinas y el jazmín del país. Aceptó un vermú con soda, que trajo una sirvienta morena —la única mujer que el comisario llegó a ver por esos lugares—, y entrecerró los ojos. El sol deflagraba enceguedor en el sendero blanco donde sólo se movían algunas avispas cavadoras. Más allá una sobria geometría ordenaba el parque inglés, la quinta, el criadero de aves, el galpón de aperos y los bretes.

—¿Y si pasan? —murmuró el comisario, cabeceando como si tuviera sueño.

—Si pasan, quiero que se averigüe.

Almorzaron casi en silencio y después salieron. El campo estaba ardiendo de calor. Después el comisario vio que había ardido de veras. Don Julián lo llevaba hacia la chacra del viejo Carmen (así se llamaba el muerto), y en el camino observó que había un cuadro completamente carbonizado, del que aún se levantaban columnitas de humo.

—Las desgracias nunca vienen solas —comentó el estanciero—. Trescientas fanegas de trigo. Empezaron a quemarse anteayer a las dos de la tarde.

El auto dobló a la derecha, por un camino vecinal, y cinco minutos más tarde estaban en el rancho del viejo Carmen, ante un cadáver largo, flaco y huesudo, con una campera de cuero agujereada a balazos, que custodiaba un hombre de uniforme roto, un tal Sosa. Era el vigilante del pueblo contiguo a la estancia. En los papeles dependía del comisario, pero no había más que ver cómo seguía a don Julián Arce con la mirada para saber quién era su verdadero patrón.

Don Julián se quitó el chambergo, miró al muerto y después se encaró con el comisario.

—Ahí lo tiene —dijo—. Acláremelo, para que pueda enterrarlo.

Laurenzi se acercó al viejo Carmen, y le pareció a primera vista que lo habían matado con un revólver 38.

—Veremos lo que se hace —respondió—. Me va a prestar el auto y un peón.

Don Julián lo miró, después miró al vigilante.

—El amigo Sosa se me va a su casa —dijo Laurenzi—, y se queda esperando hasta que yo lo llame.

—¿Y el muerto? —preguntó Sosa.

—No lo van a robar. Déjele una vela prendida, y mañana lo enterramos.

Así que el comisario agarró el auto y un peoncito, un muchacho rubio hijo de chacareros, y anduvo por el pueblo cercano, por el almacén, por los ranchos, por la estación solitaria y muerta como una osamenta blanca bajo el sol de fuego, y en todas partes era el mismo silencio el que se producía cuando él llegaba, la misma sensación de estar empujando una cosa blanda que cedía, o de estar viendo un reflejo en el agua, algo que está y que no está, que se ve y no se puede agarrar. Los hombres se encerraban en soliloquios incomprensibles, había demasiadas copas en el boliche, se jugaba al truco con un vigor exasperado, los

borrachos hablaban de Yrigoyen al rayo del sol, pero nadie sabía nada de la muerte de don Carmen.

Y sin embargo, de las reticencias y los dichos, don Carmen iba saliendo, escueto y amarillo, solitario y mudo, entretejido en la desgracia, un hombre con un sulky, con un rancho y nada más. Porque la mujer se le fue con otro diez o quince años antes, un hijo se le murió vaya a saber de qué (“le salió una hinchazón en el cogote”) y la hija que le quedaba se la llevó una noche un forastero que venía con una tropa de Nueve de Julio. El viejo Carmen se quedó solo con su perro, y cuando también el perro se le murió un buen día, se encerró en el rancho y no quiso hablar más con nadie, si no era que hablaba con los muertos, porque eso también se dijo.

Y eso fue todo lo que pudo averiguar el comisario. Ni siquiera el peoncito, que le había tomado una simpatía instantánea, pudo decirle más.

—¿Y qué pensás de don Julián? —le preguntó Laurenzi cuando volvían a la estancia.

—Don Julián es un hombre —dijo el muchacho casi con orgullo.

—¿Y eso qué quiere decir, que no los hace dormir en el galpón de los cueros, ni cebar yerba usada y secada al sol?

—Eso también es cierto —respondió el peoncito—. Pero lo que sabe don Julián es respetar.

Un hombre duro como un poste, que había llegado casi con lo puesto, treinta años atrás, cuando esos campos eran una soledad, y compró una chacra abandonada y la hizo producir; y después un estero, y lo secó, nadie sabe cómo, donde ahora ondulaba el agua imaginaria del lino; y después el cuadro que llamaban de “La Tigra”, como luego se llamó la estancia, porque allí mataron una en 1913; y al fin todas las chacras de los alrededores, con colonos o sin ellos; llevado por una formidable fuerza constructora que lo quemaba vivo, parado frente a las plagas, los hombres y el tiempo, sin razón aparente, sin más ley que esa implacable de dejar cosas hechas a la manera humana, con la astucia, la fuerza y la paciencia; tres mil hectáreas ahora de buenos pastos, tres mil cabezas de ganado, un monte de acacias que daba gusto verlo, galpones, bretes y acequias. Y todo eso apenas lo había doblado un poco, apenas le había quemado la piel y los ojos, y aun así uno tenía la impresión de que estaba quemado de adentro para afuera, en esa inextinguible pasión o lo que fuese, que no le

dejó tiempo para leer un libro o dormir con una mujer, ni aun para pensar a manos de quién iba a ir todo, como si el orden ya no importara para entonces, él, el centro y la justificación del mundo que él construyó y de la justicia que hizo; él, Julián Arce, injertado de prepotencia en la savia de la avena y del *sudan grass*, fluyendo en la sangre de los toros, circulando en el agua de riego y en el tiempo de las estaciones, socio igualitario en las germinaciones y los apareos, señor de poner marca a los terneros y a la gente, y de señalar con horqueta y muesca esta oreja y este paisaje, este bebedero y aquel naranjal, y que la única pena que se iba a llevar de este mundo era tener que haber dependido y compartido, no poder hacer una planta con sus propios dedos.

Éste era el hombre que hablaba, después de que cenaron, en la galería adonde sacó los sillones de mimbre y apagó el sol de noche para que no los molestaran los bichos, y decía, pero no para quejarse, sino para que el otro viera y se hiciera cargo:

—Usted siembra trescientas hectáreas de trigo, y cuando ya las espigas se caen de puro maduras, se le instala un croto en el camino, prende fuego para hacer un yerbeado y se va sin apagarlo. El trigo arde, y nadie tiene la culpa. Usted vacuna el ganado, pero su vecino no: las vacas del vecino dejan su baba en el alambrado, y cuando se quiere acordar, ya tiene un tendal de animales muertos. Usted compra un carnero fino, que le cuesta sus buenos pesos y una noche se lo muerde un perro cimarrón y el carnero muere agusanado.

El comisario volvió apenas la cabeza y miró en la penumbra el perfil del estanciero.

—Perros —dijo.

Entre los pueblos de las chacras (explicó don Julián), de los pueblos y de las propias estancias, había algunos que sin explicación aparente se volvían feroces. Salían de noche, recorrían a veces grandes distancias para atacar una majada, volteaban media docena de ovejas mordiéndolas en la garganta o en los cuartos traseros, y al amanecer regresaban furtivamente al punto de partida y a su existencia inofensiva. Los animales mordidos en la garganta morían desangrados, los otros se agusanaban y la mitad moría también. El hambre no tenía nada que ver. Un mayordomo o un capataz podía descubrir de pronto que su perro mejor alimentado, el más

mimado, era un asesino nocturno al que había que sacrificar. Estos perros cebados adquirirían la ancestral astucia del lobo. Era inútil dejarles en el camino trozos de carne con pastillas de estricnina. Era inútil emboscar media docena de peones con escopetas en los accesos a un potrero donde dormía una majada: el intruso no aparecía. Pero apenas se levantaba la vigilancia, la matanza se convertía en desastre.

Don Julián usó un modo expeditivo para acabar con eso. Cualquier perro de la vecindad que no quedara atado de noche, él iba y lo mataba en presencia de su dueño. Si el dueño quería protestar, ya sabía que era cuestión de jugarse contra don Julián. Nadie lo intentó.

El comisario dio un cabezazo. Había estado mirando el cielo y de golpe tuvo la sensación de que se iba a caer en aquel vértigo de constelaciones y galaxias que lo esperaba, allá abajo, pensó con un sentimiento de absurdo y de pena, esa lástima de él mismo que le daban las cosas que no podía comprender. Oyó un cencerro lejano, el grito repentino de un pájaro despertado, el viento en los eucaliptus. Entonces advirtió que don Julián hacía rato que estaba callado.

—Cómo habrá sido —dijo— que se le quemó el trigal.

—Ojalá lo supiera —contestó don Julián—. Si me lo averigua, le quedaré debiendo un favor.

El ferrocarril pasaba como a media legua del sembrado, los linyeras hacía años que daban un rodeo para no pasar por allí, y en cuanto a esas advertencias que solía publicar el gobierno provincial, donde palabras más, palabras menos, se decía que cualquier cosa era capaz de incendiar una cosecha en verano, hasta el reflejo de una lata o de un vidrio de botella, don Julián comentó riendo que él mucho no creía en esas cosas, pero que en fin, todo podía ser. Fue entonces cuando el comisario le preguntó si era la primera vez que le pasaba algo así, y el estanciero dijo que no, que era la segunda, y que la primera fue en el mismo lugar y más o menos en la misma fecha del año anterior.

—¿No habrá sido el difunto don Carmen, que le arrimó un fósforo al sembrado?

Don Julián se quedó pensando.

—Quisiera creerlo —dijo al fin—. Era capaz, por ese entripado que tenía connigo. Pero no puede ser, porque las dos veces él no estaba aquí. Las dos

veces pasó lo mismo: el viejo ató el sulky tempranito, se paró en el almacén del pueblo para comprar una botella de vino y unas latas de sardinas y se fue para Las Flores a ver unos parientes. Cuando entre la una y las dos de la tarde empezó la quemazón, él estaba a seis leguas de distancia.

La Cruz del Sur colgaba alta en el cielo, las voces tomaban imperceptibles inflexiones de bostezo. Don Julián se levantó para mostrarle la pieza donde iba a dormir y le dio las buenas noches. El comisario dejó la puerta abierta y se acostó en la oscuridad. Las sábanas tenían olor a lavanda y la noche, olor a trilla, y todo eso era muy lindo, pero el comisario sentía que el asma le crecía en el pecho como el agua en un tanque. Empezó a revolverse y a cambiar de posición, dobló la almohada para tener la cabeza más alta, le echó la culpa a la lavanda y a las parvas que apenas había visto pero que imaginaba henchidas, húmedas y olorosas, respirando con un ritmo misterioso y seguro, y se respondió, “Viejo sonso”, porque sabía que la culpa de cualquier cosa nunca estaba afuera, que el asma era cosa de la cabeza y que de todas maneras ya no iba a dormir esta noche. Así que pateó las sábanas y empezó a vestirse en la oscuridad, despacito, sin saber todavía lo que iba a hacer, resollando en silencio y maldiciendo contra la desconocida cifra, la serie de condiciones que lo hacía moverse contra toda aparente necesidad o conveniencia.

Ahora caminaba despacio y descalzo, abría una puerta, luego otra, un mueble se desperezó, una tribu de ratas deliberaba en el lecho, o a lo mejor era un pájaro atribulado sobre su cría; él, un gato, el viejo Laurenzi, gato pesado en el silencio, oliendo la acidez del tiempo, la carcoma de la madera, gato viejo con un gatito chico en el pie derecho que punteaba prevenciones y le hacía esquives a la desgracia (le voy a robar los cigarros al viejo), el gatito del pie husmeó una silla y se detuvo (que no me oiga mi madre, me voy a la pieza de la mucama), no abrás tanto los ojos, viejo palangana, que se te vuelven faroles, ahora olía a tientos y a sogas, a recado animal que jinetea solo en la noche sobre un caballete de madera, a cuero de potro y a grasa, a ver si pateás un cencerro y se te aparece don Julián: “¿Qué busca, mi amigo?”. (Busco unos balines para el rifle del 9, señor, busco unos recortes para la honda, busco esos anzuelos que usted me escondió, busco a la Herminia que olía tan lindo cuando mi madre y usted dormían.) Aunque lo mejor sería decirle que andaba sonámbulo,

y por primera vez en esa noche al comisario Laurenzi le caminaron por todo el cuerpo unas ganas de reírse que parecían más fuertes que cualquier cosa, y tuvo que taparse la boca. “Hombre grande”, dijo a media voz, y sus manos estaban por los cajones de un mueble que podía ser un escritorio, cuando oyó una tos en la otra esquina del mundo y manoteó el primer picaporte. Ahora estaba de nuevo en la galería, y vio un aerolito rayar el cielo, de norte a sur.

Un perro atado gruñía en la sombra, pero Laurenzi murmuró: “A este viejo no lo para nadie”, y fue a su pieza a ponerse los zapatos y el revólver.

Ahora caminaba por una calle de aromos, respiraba con facilidad un aire de polen vivo y animado, saltó una tranquera sin abrirla, ensayó un paso de baile en la tierra blanca y olorosa. Viejo sonso, si te viera la gente. Si lo viera la gente al comisario, caminando solo al velorio de don Carmen.

A lo lejos asomaron los dos sauces melencidos, aspaventando estrellas, el cuadro calcinado donde ardió el trigo, después del caminito vecinal. Laurenzi entró en el rancho sacándose el sombrero y desparramando fósforos hasta que encontró una vela y la encendió sobre la que ya se había consumido, se sentó en un banquito temblón, y lo mismo que antes, sin saber para qué había venido, si no era a mirar la cara amarilla del muerto que tan pronto se volvía negra y aleteaba por las paredes y el techo como un murciélago de sombras. Así que ésta es la muerte, pensó, cuando uno está solo y viejo y no tiene un perro que le ladre. (Pero qué hacía él ahí, a ver si don Carmen lo entraba a saludar, con tanto reflejo de vela y sombra.) La muerte rodeada de sartenes sucias y latas de yerba y cáscaras secas de naranja colgando de la cumbreira.

Algo le estaba diciendo que se diera vuelta, y no quería hacerle caso. Se preguntaba qué podía haber retenido a este hombre en esa tierra que ni siquiera cultivaba, en ese rancho donde todo se iba, o se moría, o lo humillaba de alguna forma. Y el comisario dijo: “Se quedaba para saber lo que era, para no olvidar nunca lo que le había pasado y sentirse vivir contra el abandono y la vergüenza”. Después pensó en los campos florecidos que rodeaban ese islote de miseria, en las arboledas creciendo seguras, en un horizonte de tonos colorados, y dijo: “Se quedaba de puro encono.” Y luego no pensó en nada, y de ese vacío salió una frase pronunciándose sola, sin apelación y sin sentido: “Se quedaba por amistad con algo que era y no era la tierra”.

Fue entonces cuando el viento apagó la vela, y el comisario pegó un salto y ya estaba pelando el revólver y mirando para afuera, donde una luz se movía sobre un montículo entre los sauces, se enredaba como un algodón entre las ramas, flotaba con dolorosa indecisión, tanteando el pasto y los troncos, como sabiendo que nunca iba a encontrar lo que buscaba. La luz azul de unos huesos, la burbuja gaseosa de un sueño. Y el comisario miró el revólver, y por segunda vez en esa noche le agarró un ataque de risa, y dijo en su propia lógica: “No sirve para mear”, y lo guardó.

La luz ya no estaba.

Pero el comisario sabía ahora por qué se quedó don Carmen hasta que lo mataron, y si se esforzaba un poco iba a saber también lo otro, y podría cumplir con don Julián. Sólo que en eso no quería pensar, porque ahora estaba contento y silbaba, lo poco y mal que sabía, mientras caminaba de vuelta a la estancia y los puntos cardinales se colocaban en orden, porque iba a amanecer, y no fuera que a alguno lo agarraran fuera de su sitio, pensó Laurenzi. Pero esta vez abrió la tranquera como un hombre serio y rumbeó para la cocina de los peones, donde entró saludando con voz fuerte y deseando buen provecho a todas esas caras recién lavadas con jabón amarillo, que le dijeron: “Si gusta”. El comisario dijo que sí, se sentó, tomó su jarro de mate cocido y su galleta, y hasta un pedazo de salame que le alcanzaron en la punta de un cuchillo, junto con alguna jarana livianita sobre los puebleros que madrugan, que el comisario emparedó para que supieran que venía en paz a comer como un cristiano, y a estar un rato con ellos, aunque eso era más difícil de explicar, porque no tenía gollete.

Y ahí fue cuando apareció a lo lejos el carro del turco Martín, y en el pescante el turco manejando una tormenta de látigos y maldiciones y todos los rayos de la polvareda, porque iba a llegar tarde para el mate cocido, y alrededor del carro y el turco todos los perros de la estancia, que a esa hora ya estaban sueltos y desencadenados, no pensaban en morder ovejas ni soñaban con una cadena infinita que los ataba al centro del orden, pero se tiraban como flechas juguetonas a los garrones de los tungos coceadores y se revolcaban entre ladridos y firuletes de su carne viva y elástica.

El comisario fue el primero en rumbear para los galpones, y el turco se quedó esperándolo mientras la cara se le abría cada vez más en aquella

famosa sonrisa que incluía tantas cosas, todo el tiempo que se había ido, y toda la joda junta, y tres o cuatro historias que sólo ellos podían recordar por la muerte y el olvido. Pero después tiró los yuguillos y las cabezas, y corrió a abrazarlo.

—No me digás nada, ya sé que hay una desgracia, pero qué alegría verte.

—Tantos años —dijo el comisario, y se quedó pensando en eso que dijo el turco, él y la desgracia, él y los hombres que se mataban, él y la sangre en los boliches, y la justicia que ya no le importaba más, y la flojera que se le había ganado en el alma, animal pialado, corazón de bagre.

Se quedó acariciando los caballos, el zaino tenía una matadura en el lomo; lo ayudó al turco a desatar, hablaron de una o dos cosas más, y el turco salió regalándole una faja de colores, “que era lo único que me faltaba en este trance”, pensó el comisario.

Volvió a la cocina, el peoncito del día anterior visteaba junto al fogón con otro de su edad. Lo llamó aparte.

—Andá decile a don Julián que ya pueden enterrar al muerto.

Lo enterraron a don Carmen en su misma chacra. Don Julián eligió el sitio: al pie de uno de los sauces melenudos, al lado de un montículo donde ya había una torcida cruz de madera que el comisario veía por primera vez, dos peones abrieron una fosa, metieron adentro el cajón hecho de apuro, y cuando terminaron, los montículos eran dos, y el comisario seguía sentado en el primero. Don Julián despidió a los peones, y Laurenzi despidió al vigilante, y quedaron solos con una pala que alguien se olvidó.

Entonces don Julián Arce empezó a mirarlo fijo mientras armaba un cigarrillo y preguntó si ya sabía cómo era la cosa. El comisario le dijo que sí, y lo siento por usted, que no debió llamarme.

Don Julián también se sentó, en el otro montón de tierra, el de tierra fresca que tapaba a un viejo solitario y muerto, y dijo que a ver, cómo había sido.

—Dígame si me equivoco, don Julián —respondió el comisario—, pero yo creo que si agarro esa pala que han dejado ahí, y empiezo a cavar aquí mismo donde estoy sentado, voy a encontrar un perro muerto, o por lo menos unos huesos viejos de tres años, que de noche se vuelven luz mala y espantan a la gente. Y si escarbo entre los huesos, y tengo un poco de suerte, voy a encontrar dos o tres plomos de su revólver.

—¿Y diai?

—Y diai, que usted le mató el perro.

—Se lo maté de frente y en presencia de él, porque se había vuelto dañino. Se me escapó de abajo de las patas del caballo una noche de luna, pero le vi el hocico chorreando sangre, y a la mañana siguiente tres ovejas no se levantaron.

—No le niego, pero el viejo estaba solo y no tenía más que el perro. Usted le mató el perro, él le quemó las cosechas.

—Mi amigo, eso no puede ser, porque él estaba en Las Flores las dos veces que me quemaron el campo.

Entonces el comisario sacó del bolsillo un pedazo como de vidrio derretido y chamuscado, aunque no era vidrio, y se lo mostró.

—Ya ve que puede ser, don Julián. Y usted no debió dejar esto en su escritorio, para que lo encontrara cualquier sonso desvelado.

Don Julián Arce se quedó callado largo rato, tiró el cigarrillo y aplastó el pucho con la bota.

—Está bueno —dijo, y se paró repitiendo—. Está bueno.

Volvieron callados a la estancia, y él arregló sus papeles, escribió algunas cartas y se pegó un tiro con el mismo revólver con que mató al viejo Carmen y a su perro. Que era lo que el comisario sabía que iba a hacer. Porque el hombre (y esto lo recordó siempre el comisario) tenía sus cosas buenas y sus cosas malas, pero no se tomaba ventajas con la suerte. Mató al perro y tres años después mató al viejo porque se habían vuelto dañinos y contrariaban su ley, que era la ley visible de las cosas, escrita en cada poste y en cada ramita. Pero él no necesitaba llamar al comisario para investigar el crimen: el vigilante hubiera dicho lo que quisiera. Lo llamó para que hubiese una averiguación en serio, y se jugó a cara o seca: si el comisario no encontraba nada, la justicia aparente estaba de su lado, además de la que él siempre supo ejercer. Y si encontraba algo, siempre le quedaba la salida que eligió. Era lo que decía la gente: respetaba y se hacía respetar.

El turco Martín siguió por esos caminos, y a lo mejor anda todavía con su carro. Pero ya no vende más esos abrecartas de carey o de plástico que en la punta tenían una lupa, un cristal de aumento, como los que le vendió al viejo Carmen.

—Porquería tan chica —dijo después el turco—, y encerraba como diez o doce soles.

Porque el viejo Carmen no recibía correspondencia, ni siquiera sabía leer. ¿Para qué podía necesitar esos abrecartas? Para clavar uno o dos en el trigal de don Julián, poner cinco leguas de por medio y esperar que el solazo del verano atravesara el cristal de aumento e incendiara la paja seca. Fue el turco mismo quien le dio la idea sin querer, mostrándole lo fácil que era quemar un papel de fumar. Y así fue cómo don Carmen encontró la manera de quemar un campo, estando en otra parte. La primera vez don Julián sospechó, y la segunda tuvo la mala suerte de encontrar un abrecartas casi derretido por el fuego en el linde de su trigal incendiado con la chacra del viejo. Lo guardó en un cajón del escritorio, y el comisario lo encontró esa noche en que el asma no lo dejaba dormir.

“La Tigra” allá está, aparecieron sobrinos, qué se puede decir. En la tapera de don Carmen dice la gente que suelen verse de noche dos luces flotando entre los matorrales, una más grande y otra más chica, una más alta y otra más baja, y algunos fantasiosos las llaman: el viejo y su perro.

(1961).